DONATIVO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID 1940

HEMEROTECA MUNICIPAL

ELENA FONS, Contralto del Teatro Real.

# FABRICA DE RELOJES DE CARLOS COPPEL

Madrid, calle de Fuencarral, 27.

REMONTOIR 18 líneas, extraplano, gran moda, máquina fina de áncora, montada en centros de piedra; esfera de metal dorada ó plateada.

Núm. 5.708.—Oro de ley, 18 kilat., **115 ptas.**
» 5.705.—Plata, mate ó brillo, **50 ptas.**
» 5.704.—Acero, **45 ptas.**

**La casa COPPEL garantiza la buena marcha de todos sus relojes acompañando á cada uno su CERTIFICADO DE GARANTIA**

## A PLAZOS

Al personal de la guardia civil y carabineros se les pasa cargo en cuatro plazos.

TALLER DE COMPOSTURAS

**REMESAS A PROVINCIAS**

Pídanse detalles y prospectos á la casa

**COPPEL**

# ANTRACITA

**PRECIADOS, NÚM. 24. MADRID**

Establecimiento de carbones minerales de todas clases; el más surtido y económico.

**PEDID NOTA DE PRECIOS**

Se facilitan postales para hacer los pedidos.

**ENVIOS A PROVINCIAS**

**PRECIADOS, núm. 24 (Frente á Capellanes)**

LOS MEJORES DE ESPAÑA

PRODUCTOS

# REFRACTARIOS

*Joaquín Pardo.*

**Fábrica**

PACIFICO, 12.—MADRID

NO CONTRAEN

SON MUY FUERTES

RESISTEN ALTAS TEMPERATURAS

# COLEGIO HISPANO

1.ª Y 2.ª ENSEÑANZA

Preparación para carreras militares y especiales.

Magníficos resultados en las últimas convocatorias.

Honorarios módicos, rebajas á los huérfanos é hijos de militar.

Internos, medio-pensionistas y externos.

**BARCO, 21, 2.°**

Próximas convocatorias para Telégrafos y Policía.

Profesorado competentísimo, Ingenieros civiles, Oficiales del ejército, Abogados, etc.

**BARCO, 21, 2.° (esquina á la Puebla).**

Año II. Madrid 12 Enero 1908 Núm. 18.

# Flores Cordiales

Redacción y Administración: San Anarés, 19.

SUSCRIPCION
Trimestre..... 1,50 pesetas.
Un año..... 5,50 »
Extranjero, un año..... 9 francos.
PAGO ADELANTADO

Apartado de Correos, número 48.

DIRECTOR: GONZALO DE QUIRÓS

## ELENA FONS

*En nuestra portada publicamos el retrato de la hermosa artista del Teatro Real Elena Fons, enviado expresamente á* FLORES CORDIALES, *con amable dedicatoria.*

*Ausente de nuestro primer coliseo durante algún tiempo, recorriendo los principales de Europa y América, ha vuelto Elena á recordarnos sus triunfos, á evocar los días de su* début, *niña todavía, cuando también nosotros, imberbes, íbamos á contemplarla extasiados.*

*Próxima su presentación formal con la ópera* Carmen, *aguardamos á entonces para emitir juicio de las facultades que conserva.*

*Sólo á la mujer consagramos hoy estas líneas.*

*Elena Fons es actualmente la primavera de la belleza, de la exuberancia de los cálidos reflejos de sol.*

*Treinta años marca apenas la piel tersa de su rostro, y hay en su garganta, de modelado griego, líneas infantiles que invitan á la bendición.*

*La música de sus labios sevillanos, rojos como la amapola de la vega andaluza, se filtra corazón adentro, y la alegría azucarada y mimosa aletea siempre entre los pliegues de su eterna sonrisa.*

*Y de aquellos ojos, grandes ojos africanos, salen matices de luz tibia, cambiantes de purísimo iris...*

*¡Graciosa perla del Guadalquivir prendida al manto de Talia!...*

## Fiducia monumental

¡Estoy consternado!

He leído en *El Imparcial* que muy en breve le serán remitidos al Banco de España, desde Inglaterra, cinco series de billetes de los cinco tipos de costumbre—según es fama, que yo no los he visto nunca—, ó sea de mil, quinientas, ciento, cincuenta y veinticinco pesetas.

Estos billetes llevarán en el dorso, grabados, los siguientes edificios y monumentos nacionales: en los de mil pesetas, el Palacio Real de Madrid; en los de quinientas, el Alcázar de Segovia; en los de ciento, la Catedral de Sevilla; en los de cincuenta, una vista monumental de Burgos, y en los de veinticinco, el Patio de los Leones de la Alhambra de Granada.

Y aquí de mi consternación. ¿Qué se propone el Consejo de Administración del Banco? ¿Vulgarizar poco á poco la España monumental, ó dar en cada *pápiro* algo que simbolice lo difícil que es poseer un ejemplar de su moneda fiduciaria?

Si es lo primero, desde ahora rechazo la eficacia de la iniciativa como fin educativo, porque habrá muchos millones de españoles que nos quedaremos sin saber cómo es el Patio de los Leones siquiera; ¡no hablemos del Alcázar de Segovia!

Ahora bien; si es lo segundo, la cosa varía radicalmente, y el Consejo de Administración del Banco de España no merece sino plácemes y elogios.

Si se trata de demostrar que en España un billete de mil pesetas es algo así como el Palacio Real, y uno de quinientas algo así como el Alcázar de Segovia, creo á pies juntillas que el Consejo ha tenido una feliz idea.

Desde el punto de vista artístico, esta novísima colección de edificios y monumentos nacionales es deficiente y cara.

Aunque sean modelos de fidelidad y asombros de estampación y maravillas de justeza, va á haber muy pocos coleccionistas que puedan gastarse *mil seiscientas setenta y cinco pesetas*, que viene á ser el coste total; no que viene á ser, que será.

Yo calculo que, cuando más, habrá tres ó cuatro *caprichosos* que, haciendo alarde de fortuna y de amor á la numismática fiduciaria, adquirirán una colección.

Sin embargo, gracias á estos espíritus inquietos, que tanto abundan en España y que hemos dado en llamar falsificadores, que se encargarán de darnos *ediciones económicas* á los quince ó veinte días de estar en circulación las ediciones de lujo, podremos tener colecciones completas por un par de duros.

Estos serán los verdaderos vulgarizadores de la España monumental.

Empero no será este el único trastorno que nos ocasionarán los nuevos billetitos.

Por el pronto se inicia uno verdaderamente alarmante: el del billete de cien pesetas, que ostentará la Catedral de Sevilla, y bien puede ser que le dé á la gente por llamarles *sevillanos*, como á los duros; y si los duros han costado tantos disgustos, figurémonos los billetes de cien pesetas. No se va á poder vivir.

Toda España sabe que es más difícil tener un duro de cuño legal que tener el duro. Los duros sevillanos han triunfado en toda la línea, y ya ni el Gobierno se molesta en disponer que se acuñen duros; ¿para qué si hay quien los hace mejores, vamos al decir, sin tener que abonar nada por su fabricación?

Eso puede que ocurra con los billetes de las

cinco clases que van á circular: que los hagan en España mejores que en Inglaterra, por el más inocente puntillo artístico, no por lucrarse de la falsificación.

Nadie sabe dónde puede llegar un artista ofendido en su amor propio nacional. Bien puede ocurrir que se arranque un grabador diciendo para sus adentros: «¿Con que á Inglaterra á fabricar billetes, porque aquí no hay quien los haga, eh? Pues ahora van á ver unos y otros, ingleses y españoles, billetes buenos; falsos, pero buenos.»

¡Y ya veremos qué pugilato de arte! Es decir, que lo verán los que tienen dinero, que yo no pienso ver ni los legítimos ni los falsos, como no me complique en el negocio, y ahora, en estos momentos, no estoy por la labor, aunque sea muy fina.

Otro de los trastornos es que hay que variar totalmente la nomenclatura en el *argot* financiero, en el comercial y en el galante.

Hasta ahora hemos *conocido* los *Veraguas*, los *Cabarrús*, los *Quevedos*, los *verderones*, los *cangrejos*, etc., etc.; y de aquí más hay que modificar el lenguaje.

Se oirá decir en una casa de cambio:

—¿Me cambia usted un *palacio?*

—¿Cómo lo quiere usted?

—Pues deme usted un *alcázar* y lo demás en *catedrales*.

En una tienda se oirá decir:

—¿Cómo quiere usted la vuelta de la catedral?

¡Psch! Deme usted una vista monumental de Burgos y un patio.

Los sablazos amorosos serán á este tenor:

«Querido Luisín: Mándame en seguida quinientas pesetas. Cuida de enviármelas en *leones*, porque son para el casero, el tendero, la lavandera, el panadero y demás fieras de la *fauna social*.—Tuya siempre, *Julita*.»

Y habrá hombre sin dos pesetas que diga desesperado: «¡Pero cuándo caerá una catedral!»

Y yo digo: «Aunque de procedencia inglesa, vengan *Alcázares de Segovia*.»

**Félix MÉNDEZ.**

---

# CANTE JONDO

—Ya sabes tú, Carmencita,
que estoy «chales» por tus ojos,
que parecen dos jirones
de algún cielo misterioso;
que hay un hoyo en tu barbilla
que me está volviendo loco,
y que tengo muchas ganas
de que me lleven al hoyo;
que por tí me siento malo,
pues desde que te conozco
se echa de ver á las claras
que estoy mucho menos gordo...
Y esto no es vivir, chiquilla,
porque no bebo ni como,
porque estoy inapetente,
porque padezco de insomnios,
y porque ya ni siquiera
me divierte el *cante jondo*
ni me alegran los *jipíos*
«del canario más sonoro»...
Lo cual que, si no me quieres,
me voy á morir muy pronto
y, en vez de unas *seguiriyas*,
me cantarán un responso;
y sería una gran pena
que, para tener reposo,
tenga que estirar la pata
por culpa de tus antojos.
Sabes que es tuya mi tienda;
que son tuyos los ahorros
que he ido haciendo con mi industria
de fabricación de bollos;
y, en fin, deja que te diga
como la Inés al Tenorio:
«¡O arráncame el corazón,
ó ámame, porque te adoro!...»

Me paice á mí, Don Saturio,
que dende que le conozgo,
en lugar d'estar más flaco,
s'ha puesto mucho más gordo.
Quizá que no le distraiga
com'antes el *cante jondo;*
mas es qu'han pasao los tiempos
«del canario más sonoro».
Yo le quiero á usté lo mismo
qu'á las niñas de mis ojos,
y por mí n'han de cantarle,
mientras viva usté, el responso.

Pero... á ver si es *chipén* eso
de la tienda y los ahorros,
qu'están las cosas mú malas
y antes qu'el amor es lo otro...
Con que venga un anticipo
á cuenta, manque siá poco,
¡y á ver quién goza en la vida
más que gocemos nosotros!...

Cayó en la red Don Saturio:
dió á la Carmen sus ahorros,
y entre ella y el *Malastripas*
—mozo de estoques del *Gordo*,
que, al parecer, va camino
de ser matador de toros—
se comieron el producto
de la fábrica de bollos
El incauto viejo verde
comprendió su error bien pronto,
porque los pescó arrullándose
un día como dos tórtolos.

Armó una *bronca* á la Carmen;
ésta se lo dijo al *socio*,
y el *Malastripas* fué en busca
del fabricante de bollos
y, atusándose los tufos,
le interpeló de este modo:

—Zervidorito y la Carmen
no zemoz máz qu'uno zolo:
doz cuerpoz y un arma. Con que
zi ez qu'uzté ze pone tonto,
va uzté á parar con zuz huezoz
á la Caza de Zocorro.
Dej'uzté en paz á la niña,
que no eztá eya pa zofocoz,
¡ú le jago á uzté lo mizmo
qu'he jecho con zuz ahorroz!

—¿El qué?—
exclamó Don Saturio,
sin comprenderlo. Y el otro
repuso:
—Que zi ze mete
con la niña, *¡me lo como!*

**Carlos MIRANDA.**

# DON JUAN EL CURSI

Una sala de seis metros de larga por cinco de ancha; un pianito de mesa, cuadros de litografía que representan la vida de Mazepa; una lámpara de petróleo colgada del techo; un sofá que fué de reps y sillas de Vitoria á todo pasto.

Esto último se supone, no se ve; lo que se ve es un empedrado de cabezas de hombres y de mujeres, entre las cuales se podría poner la punta de un alfiler, porque eso cabe en cualquier parte, peró no una bandeja con pastelillos, porque desaparecería en el acto.

Las patas de las sillas y las piernas de los ocupantes serían la desesperación de un gato que tratara de atravesar la sala; los semblantes están enrojecidos, los abanicos funcionan enérgicamente, y la algarabía es tal que cualquiera señorita podría dar un chillido sin que llamara la atención.

Sin duda, por eso no chilla nadie.

Don Juan, con su semblante plácido, su pelo canoso y sus bigotes engomados y retorcidos, se pone en pie, reclama silencio, se inclina graciosamente, y poniendo boca de cierta parte de pollo dice, á ma nera de programa parlante:

—Ahora (*pequeña pausa*) va «El suspiro del moro»; variaciones, dos guitarras, por el aficionado (*extendiendo la mano hacia un sujeto flaco y mal encarado*) Don Valentín Tripete.

El señor Tripete se sienta en un ángulo del piano; por encima de las cabezas viene desde el gabinete la guitarra, el músico echa el pie sobre una silla y comienza á suspirar el moro, sin molestar á nadie, porque las conversaciones se reanudan en seguida.

Don Juan dice de vez en cuando:

—Esto que viene ahora es precioso.

Algunas señoritas suspiran como acompañando al moro, ó como si dieran la razón á Don Juan; pero no cesa la charla.

El guitarrista se retira de muy mal humor, saludado por una salva de aplausos, y Don Juan vuelve á ponerse en pie.

—Ahora—dice—: «¡A la calle!»...

—¡No! ¡no!—gritan cincuenta voces—: ¡ahora, no!

—Déjenme ustedes acabar. «¡A la calle!»; canción patriótica del siglo pasado, por la señorita Celestina Barbada.

Y extiende la mano y coge la de la señorita Barbada, solterona envuelta en tules color de rosa con puntitos de mosca.

Y después que maya la señorita Celestina, se arma la gorda, es decir, el baile. Aquello es tan pequeño y son tantas las bailarinas que sólo se ve una masa de faldas con incrustaciones de levitas y americanas.

Las maldiciones de los vecinos de abajo no se oyen; se baila en la sala, en el gabinete, en la alcoba y en la cocina; cada cual baila con su pareja y con las dos ó tres que le rodean; es una masa de doscientos pies, en la cual uno solo que perdiera el compás ocasionaría cien pisotones.

Llega la hora de marcharse. El viernes anterior mi amigo Pascual había aconsejado á Don Juan que atravesara en la puerta del cuarto ropero una tabla sostenida por dos sillas y que pusiera en la tabla una bandejita con una peseta y unos *perros*, y que al otro lado de la tabla, la criada y el chico de una vecina se encargaran del guardarropa.

Como la criada no podía bajar á abrir la puerta hasta repartir todos los abrigos, nadie se marchaba y las apreturas eran mayores.

Pascual que, en cuanto vió la peseta, la *tañó* por suya, no se apartaba del quicio; pero el chiquillo de la vecina tampoco apartaba los ojos de la bandeja.

Mi amigo entonces descansó el brazo sobre la tabla, dejando colgar dentro del cuarto la mano en que tenía el sombrero. A poco, se le escurrió de los dedos la chistera y cayó al suelo; el chico se inclinó para recogerla, pero al levantarse, lanzó este grito desgarrador:

—¡La peseta!

—¿Qué?

—Que la ha tomado usted.

—¡Chiquillo!

—Y yo lo he visto—dijo el guitarrista.

La que allí se armó de bofetadas, pisotones, chillidos, puñetazos y sus consecuencias... se contará en otro capítulo.

**F. SERRANO DE LA PEDROSA**

---

EN UN BAILE DE MÁSCARAS

—Anda, pelao, bébete esta copa.
—Bueno.
—¿Quieres que convide á ese amigo?
—Bueno.
—Es un chico que...
—Bueno.
—¿Te pones malo?
—Bueno.
*(Le suelta dos coscorroncitos en la calva y váse.)*

# GRACIA Y JUSTICIA

Si Juan fué ó no culpable de aquel crimen,
que aún recordamos todos con espanto,
averígüelo aquel que tenga empeño,
porque á mí no me toca averiguarlo.
Criminal ó inocente,
porque esto todavía no está en claro,
lo sucedido fué que una sentencia
le condenó á morir en un cadalso,
igualándole á Dios, que de igual modo
murió en la enhiesta cumbre del Calvario.

***

Cuando ya estaba Juan en la capilla,
y á punto de expirar el fatal plazo;
cuando ya se acercaba
del drama aquél el desenlace trágico,
y estaba el infeliz en tales horas,
como puede cualquiera hacerse cargo,
oyendo exhortaciones y consejos,
ya dichos en latín ó en castellano,
que suelen tener mucho de crueles,
sin que dejen por eso de ser santos,
sintióse acometido por un vértigo
y cayó como herido por un rayo;
imprevisto accidente
que llenó de pena á más de cuatro.
El reo se moría,
y hubo que suspender el espectáculo,
y esto fué poco menos que una estafa
en opinión de varios,
de esos que van á misa los domingos
y no pierden novena ni trisagio...

***

Al saber la noticia del suceso,
que circuló veloz como un relámpago,
aquellos más famosos en la ciencia
de Hipócrates, Galeno y Esculapio,
acudieron solícitos
á prodigar al reo sus cuidados.
Hubo consultas á docenas, hubo
las discusiones propias de estos casos,
hubo diversidad de pareceres,
cosa que es muy frecuente entre los sabios.
Cada cual allí expuso su criterio,
hiciéronse infinitos comentarios,
se derrochó la ciencia á manos llenas,
¡y el pobre reo se moría en tanto!
Al fin, puestos de acuerdo los doctores,
y á fuerza de cantáridas y cáusticos,
cataplasmas, ventosas y sangrías
que dejaron á Juan hecho un San Lázaro,
tras titánica lucha con la muerte,
lograron al fin verlo sano y salvo.
Y conseguido esto,
¡el verdugo cumplió el terrible fallo!

**Manuel SORIANO.**

# FEBRIL

Vengo á apagar mis ansias en tus brazos
y en tus labios la fiebre que me exalta:
quiero beber el néctar de tu aliento,
el dulce néctar que tu boca exhala.

***

Quiero juntar mis ojos con tus ojos
porque á un tiempo se copien las miradas;
y unir con tus cabellos mis cabellos,
¡y enlazar, para siempre, nuestras almas!

***

Y al despertar de sueño tan dichoso
veremos realidad nuestra esperanza;
y un cielo rosa de ilusiones bellas
coronado de estrellas argentadas.

***

¡Y así los días pasarán!... Muy juntos
nuestros labios, al par que nuestras almas...
En tus ojos mis ojos retratados,
¡y en mis ojos la luz de tus miradas!

**Eduardo de ORY.**

---

**MADRIGAL**

# CLARO DE LUNA

La he visto á la luz pálida y tranquila
de la plateada y soñolienta luna,
cuyos rayos se quiebran suavemente
del frondoso boscaje en la espesura.

***

Es un paisaje lánguido,
envuelto en velo de impalpable bruma,
los pájaros se duermen en las frondas;
apenas si se escucha
el rumor de las hojas que se mueven
á impulsos de la brisa que susurra,
y el ruido de la flor que abre su cáliz
al fantástico beso de la luna.
El lago está dormido... Tras sus ondas,
más azules y puras
que el cielo azul que en ellas se refleja,
vi su imagen temblar en la penumbra.
Era su rostro blanco,
más blanco que un cendal de blanca espuma,
y eran sus ojos negros,
más negros que el espacio en noche obscura.
En elegantes bucles retorcida
yo vi flotar su cabellera rubia
á los tibios reflejos
de la naciente luna,
cuyos rayos se quiebran suavemente
del frondoso boscaje en la espesura...

**Antonio MARTIN-GAMERO.**

**Para Don Miguel de Unamuno**

Decididamente, es usted un hombre ultraterreno aferrado á la música celestial, y quiero contestar desde aquí su carta, á ver si por contrapunto le despabilan el sueño de limbo mis *Adormideras*.

Dice usted en la misiva que recibo, fechada el 2, después de abominar de la prensa española, tomando rumbo á la americana, que en este ambiente de Madrid «todos son *unos* y todas *unas*».

Los escritores de la corte, yo al menos, no recojo la ofensa mal velada que contiene el párrafo de dómine salido de quicio, sabiendo que usted se llama andana á ciertos requerimientos; pero en nombre del decoro femenino de la capital de España, le devuelvo la sacudida epiléptica estirando el remo, acompañada de dos *bouquets* de flor de cardo, símbolo de extrañamiento de las escasas simpatías de que ya gozaba usted como Adán cambiando á Eva por la serpiente.

Usted es *una* (*Una* muno) y, sin embargo, á nadie se le ha ocurrido sacarle los colores á la cara.

Ya escribió Flaubert que no hay sabio sin pepitas de calabaza dentro de la mollera.

Schiller también lanzó la sentencia de que el peso del talento obliga muchas veces al talento á bajarse á los pies, y la misma Madame Stäel recomienda correr una estera sobre las genialidades dañosas de los espíritus superiores.

El propio Confucio, no sé si antes ó posteriormente á su Reforma, previno á los mortales sencillos contra los dobles, diciendo: «Dios nos libre de los que marchan camino de la estatua».

Hasta el Bomba Chico nos da el precepto: á toro presumío, muleta corta.

Verá usted que aquí no carecemos tampoco de erudición.

Se nos pegó bastante la que el ilustre rector de a Universidad de Salamanca largó el día de la silba del Teatro de la Zarzuela, amarga espina que usted, Don Miguel, lleva clavada en el corazón.

De ciencia es de lo que andamos medianillos.

Si nos preguntaran la línea diferencial entre usted, astro de primera magnitud, aunque *errante*, y la Osa Mayor, nos quedaríamos abriendo la boca y mirando al cielo, aguardando que la Osa bajara á explicarlo.

¡Qué torpes, recontrarrector!

De gusto literario ni Dicenta, ni Zozaya, ni Zamacois, entienden jota. Sólo el Padre Coloma, que está si cae ó no cae en la Academia, le comprende á usted, Fray Miguel, y es capaz de acariciarle la borla del birrete.

Aburrido de las letras castellanas, usted, señor Unamuno, pone popa, según me cuenta, á Occidente, y navega hacia América, que le conocerá bien pronto, igual que nosotros.

No es precisamente el mundo latino el que le ofrece campo á su pensar y á su sentir. Para el fracaso bastaban á su mercé las Américas de la villa del agua turbia y el madroño. Es la América del Norte la que mejor responde al temperamento de usted; allí, desde que murió el Tío Sam, perdieron los tornillos de la chimenea, y la filosofía de usted hallaría, junto á la extravagancia del *yanqui*, el ambiente adecuado.

Perdone si mis juicios salen tibios; no vale la pena de enfadarse. He aprendido de Ezquerdo á usar de las facultades volitivas y mido fríamente lo que existe en la calificación de «todos *unos* y todas *unas*».

Se me acaba la plana y termino, copiando lo que no sé si Aristóteles, ó Plutarco, ó la Cachavera, han legado á la humanidad:

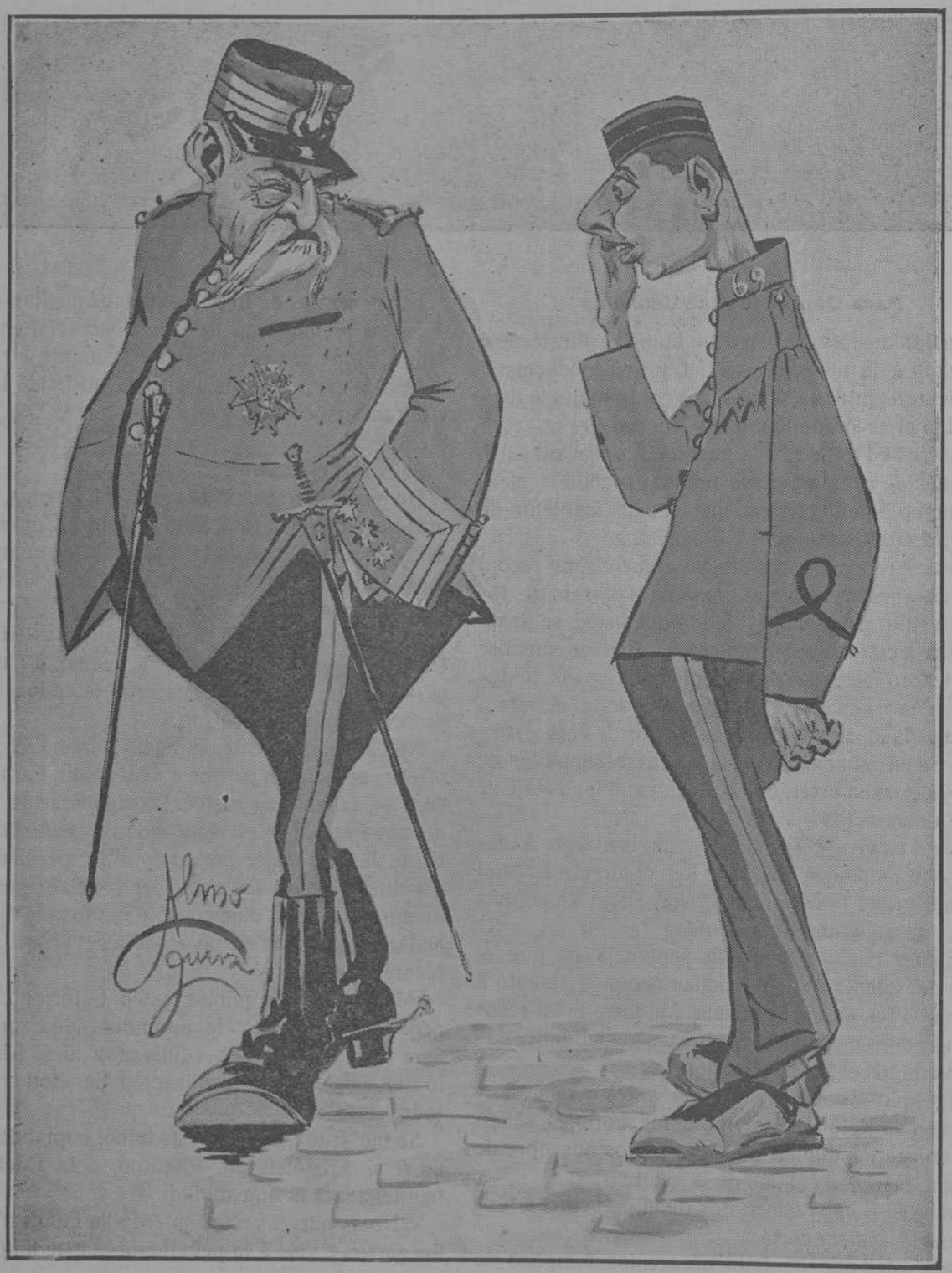
«¿Notas que el vecino pierde la chaveta? Coge los zorros y vete á la peluquería que te limpien las botas de dormir.»

«*¿Aliquando vecinus perdite chavetis suis? Manum perire zorrus et limpiare barberi botis.*»

Si sigo recogiendo citas, le aplasto á usted la biblioteca.

**Gonzalo de QUIROS.**

# Los tartamudos.



—*Mi... mi...* coronel: *la... la* noche pasada me ha *do... do*lido la ca... cabeza y he *sol... sol*tado me paíce que las cor... cordillas por la boca. Tengo *fa... fa*tigas y me quiero *re... re*bajar.

—*Re, re, fa, fa...* Todo eso es música... Llamaré al cabo para que te arrime un solfeo.

# SOBRE SUS RODILLAS

¿Te acuerdas, Martina?

Fué un invierno, hace seis años y en aquel cuartito vecino de la calle del Príncipe, cuarto pobre y alegre, sobre cuyo techo abohardillado la lluvia repetía su canción de ensueño.

¡Cómo se pone en pie tu imagen en mi memoria! ¡Qué bien te veo! Alta, flexible, con tus cabellos rubios, tus ojos quietos y pardos de campesina, tu boca grande y risueña, llena de bondad, y tu cuerpo de movimientos ondulantes y largos. Penetrábamos en el comedor, una habitación rectangular con paredes cubiertas por un papel azulino en donde yo escribí versos que tú sabías de memoria. Allí pasábamos las veladas cogidos de las manos, escuchando la cancamurria adormecedora del aguacero, felices ante la puerta del dormitorio que abría sus jambas en la penumbra como en una sonrisa hospitalaria y voluptuosa.

Pero no siempre holgamos: muchas veces trabajé, y entonces callabas, mirando con pupilas asombradas cómo mi pluma ágil corría sobre las cuartillas. Nunca te leí lo escrito; de haberlo hecho, te hubieses disgustado conmigo, porque allí, por esa inclinación que tiene el espíritu á buscar la poesía en las nostalgias suaves del recuerdo, hablaba de otras mujeres, como ahora y por idéntico motivo me acuerdo de ti. ¿Me tildarás por esto de ingrato?

Mal harías. Cierto que nos quisimos mucho y que más tarde nos dejamos pacíficamente, casi sin dolor. ¿Fuí yo malo? No. ¿Lo fuiste tú? Tampoco. Tú, como yo, hemos seguido, á través del mundo, nuestra ruta; hemos «vivido la vida», y «vivir» es, precisamente, querer y desilusionarse, reir y llorar, apasionarse y encogerse de hombros; de tal modo, que ninguno de estos vulgarísimos arrebatos y descaecimientos de nuestra voluntad puede ser motivo para que seamos considerados como peores ó mejores que los demás. ¡Pobre Martina! ¿Cómo quejarme de tí si en esta existencia, donde todo es olvido y renovación, tu alma romántica supo quererme cerca de dos años? Una noche tuve un capricho raro: «Necesito escribir, dije. No tengo dinero y en la imprenta no tienen cuartillas. Debo laborar». «Trabaja lo que gustes. Casualmente, me caigo de sueño y me voy á acostar». Yo repliqué: «No, quiero que estés conmigo; acompáñame porque lo que voy á escribir deseo escribirlo sobre tus rodillas». «¿Para qué? ».

Me detuve reflexionando, lanzando hacia el porvenir (hacia aquel porvenir ¡ay! que ya es pasado para nosotros), una mirada profética.

«Porque—continué—quiero que más adelante, dentro de muchos años, cuando ya no nos veamos, te acuerdes de que estos renglones fueron trazados así...» Y tú, Martina, consentiste. Aquello era infantil, pero también era delicado. Apoyaste tus pies encima de la tarima del brasero, y, como tenías sueño y frío, te arrebujaste hasta los ojos en tu alfombrado mantón. Yo me senté delante de tí en una sillita baja, instalé la carpeta sobre tus rodillas y empecé á escribir. ¡Qué momentos de inspiración! Mi mano estaba trémula, mi frente ardía. Y, en los breves intervalos de silencio que dejaba el carraspeo anhelante de mi pluma, ¡cómo reía la lluvia sobre el zinc de tu ventana!... De cuando en cuando, levantaba los ojos, que tropezaban con los tuyos húmedos, anegados en ternura. Así, sobre tus rodillas, al calor de tu carne y bajo la caricia de tus manos que acariciaban mis cabellos, compuse tres ó cuatro páginas, las más sinceras, las más vibrantes, las mejores sin duda, de aquel libro que titulé *Memorias de una cortesana*.

Cuando terminé mi tarea leí lo escrito, y tus labios me premiaron con un beso muy largo. Había en tus párpados lágrimas de emoción.

. . . . . .

Hace un momento he cogido los dos tomos que componen la novela, y vanamente busqué en ellos «el momento» á que me refiero en este artículo, que escribo desesperado, furioso contra mí mismo, por mi ingratitud. No me acuerdo. El tiempo maldito ha embrollado mis ideas y todas se me aparecen desdibujadas, como perdidas en una gran niebla. ¿Dónde están aquellas páginas amadas? ¿Cómo su imagen pudo borrarse de mi memoria?... Y, ante la imposibilidad de hallarlas, siento la desesperación que sufrirán los que, tras un largo viaje, buscan, preguntan y no reconocen el sitio donde dejaron enterrado un ser querido.

¡Oh, Martina, si tú te acordases!...

Pero no, es inútil interrogarte; no te acordarás. Aquella puerilidad de amantes, que yo imaginé más firme y duradera que nuestra unión, de nada ha servido, ya que el tiempo veleidoso se la ha llevado también.

No, no seamos exigentes, no pidamos á nuestra flaca naturaleza constancias desusadas. Contentémonos con acordarnos siempre, aunque sea vagamente, el uno del otro. Es bastante... ¿Te ríes?

¡Bah!... Son muchos, muchísimos, los amantes que, después de treinta ó cuarenta años de separación, se saludan perplejos, diciéndose aquellas terribles palabras con que Julio Sandeau, ya viejo y desmemoriado, saludó á Jorge Sand, vieja también:

«Perdone usted, señora... pero, yo creo, que usted y yo nos hemos visto alguna vez...»

**Eduardo ZAMACOIS.**

# COMPUESTAS Y SIN NOVIO

## LA MORA DEL GENERAL DRUDE

La señorita Ruggieri.

Ya *El Imparcial* de la corte de las Españas dió la noticia, comunicada por *Tedeschi*, corresponsal en Roma.

Llegó á Turín el joven alemán Ademar Hannesens, barón de Costelberg, guapo, elegante, de rubia y abundante cabellera y galanteador afortunado.

Todos los salones aristocráticos le abrieron sus puertas, y las niñas soñadoras se disputaban ser las elegidas del gallardo mancebo.

Pero el chico se las traía, y dejándose querer se aproximó á la hija del abogado Ruggieri, gran capitalista y persona de influencia.

La chica perdió la cabeza al verse solicitada de Ademar, y pronto se concertó la boda.

Los padres, locos de contento, se apresuraron á señalar á la hija una dote fabulosa y á determinar el día del casamiento.

Esta había de celebrarse en la Catedral de Milán, y allá se dirigió la dorada comitiva nupcial compuesta de lo más linajudo de Turín.

La capilla se hallaba esplendorosa, y el oficiante sólo aguardaba la llegada de Ademar para dar comienzo á la liturgia.

Otros dos enlaces se verificaban aquella mañana: el de la marquesa de Avogadro, hermosísima dama de honor de la reina Elena, y el de la incomparable María de Vigone.

Pasaron los minutos, luego las horas, y Ademar no parecía.

Inquietas las tres vírgenes que aguardaban ansiosas á sus respectivos futuros cónyuges, acabaron por entablar conversación.

El barón de Costelberg.

—Mi prometido—dijo la Ruggieri—, es el barón de Costelberg.

Vióse caer desplomadas á la Avogadro y á la Vigone.

¡Ellas también esperaban al mismo, al cruel burlador Ademar, que las había engañado.

Júzguese del efecto que entre los concurrentes produjo la noticia.

Las damas rasgaban sus costosas vestiduras, los hombres elevaban al cielo su furia.

Los sacerdotes acudieron á ver lo que pasaba en aquella tremolina.

Al enterarse que se trataba del barón de Costelberg, el bonete se les salía de la coronilla y los instrumentos religiosos se les caían de las manos.

¡El truhán se había casado tres horas antes allí mismo, con una encantadora milanesa, que supo volverle loco á tiempo!

La policía persigue al mozo de las tres doncellas, y á la cuarta que dejó de serlo por irse con este nuevo burlador.

Sin embargo, la familia Ruggieri se ha opuesto terminantemente á toda gestión de querella, por temor al ridículo.

Ademar, no hubiera salido de rosas si les juega esa pasada á las lindas gatitas madrileñas.

***

El general Drude, que fué á meter en cintura á los moros, se ha traído una mora.

Nada hay que pueda igualarse á la belleza de ese divino ángel mahometano.

Cuenta diez y nueve años de edad, y se llama Buruhaya-Jolima.

Es encantadora como una hurí, ideal como las hadas del paraíso de Mahoma. Entre sus cabellos flota el Amor...

Según los soldados que regresan de Casablanca, el caudillo de la costa africana la compró en el zoco de Tánger.

He preguntado si el viejo militar es aficionado á la pintura, y nadie lo sabe.

Supongo que Drude manejará los pinceles y escogió á Buruhaya-Jolima de modelo.

Porque lo que es para otra cosa...

**LUIS.**

París, 6 Enero 908.

Buruhaya-Jolima.

# EN EL TRANVIA

Llega el tranvía con paso loco;
besa los rieles la luz del foco
que va rompiendo la obscuridad;
hago que pare, subo ligero,
y el coche sigue su derrotero
tomando nueva velocidad.

Paso y me siento. Tú estas enfrente
tan seductora, tan sonriente,
tan admirable, como en aquel
tiempo lejano de mi alegría:
tambien entonces me sonreía
tu boca fresca como un clavel.

Igual que entonces, estás lozana
y encantadora como mañana
serena y tibia del mes de Abril...

Yo te contemplo y en breve espacio
de tiempo, erijo rico palacio,
para guardarte, de oro y marfil.

Te siento en trono de terciopelo;
te adornan flores; te brinda el Cielo
bellos doseles de puro azul;
te arrullan cantos; te guardan lanzas,
y te divierten veloces danzas
de bailarinas en mar de tul.

Todos te rinden pleito homenaje...
Tú eres mi reina, yo soy tu paje;
tú has cautivado mi corazón;
yo soy... Me saca de mi embeleso.
de mis soñares, un hombre obeso
que me destroza de un pisotón.

**Germán GONZALEZ DE ZAVALA**

# LAS DESECHADAS

PARLETA DE CORRAL.

(La acción á la puerta de una casa de campo).

LA VIEJA.—(*Destapando un banastón del cual arroja violentamente con la ira de la codicia herida, varias aves de corral, todas flacas y medio baldadas.*—¡Uf!... ¡Malditas!... Mala peste en vosotras.

UN PAVO ENCLENQUE Y RAQUÍTICO.—¡Qué vergüenza!

UNA GALLINA REPUGNANTE.—¡Qué desgracia!

UN CAPÓN LARGUIRUCHO Y ESQUELÉTICO.—¡Resignarse, compañeros!... Es lo más sensato...

EL GALLO DEL CORRAL, ARROGANTE, MAJESTUOSO.—¡Hola, compañeros!.. ¿A qué se debe vuestro regreso?...

UNA GALLINA REPUGNANTE.—Trajéronnos del mercado, porque no hallamos quien nos comprase.

EL PAVO ENCLENQUE (*humillado en su soberbia*).—¡Qué vergüenza!

EL CAPÓN.—¡Resignarse! ¡Resignarse!... Es lo más sensato...

EL GALLO (*al capón*).—¿Qué dices, mentecato?... ¿Resignarse, con la humillación sufrida?... ¿Tú no tienes vergüenza? ..

EL CAPÓN.—La vergüenza sólo sirve para matarse ó para lanzarse á morir... Es un veneno cuyo manejo debía estar sólo permitido á nosotros, los capones...

EL GALLO.—¿Por qué?

EL CAPÓN.—Porque nunca lo usaríamos...

EL GALLO (*con asco*).—¡Cállese el cínico!... Al venir á este mundo todos traemos una misión que cumplir...

EL CAPÓN.—¿Impuesta por quién?

EL GALLO.—Por quien sea... Si no la cumplimos, somos unos fracasados, unos vencidos... Y antes que serlo, es preferible la muerte...

EL CAPÓN.—Te equivocas.. A este mundo no traemos más misión que la de vivir lo mejor posible... La otra misión, la falsa, nos la imponen los hombres...

EL GALLO.—Aunque así sea... El amo os alimentó y os cebó para que la gordura y lo fino de vuestras carnes le produjesen luego ganancias.

EL CAPÓN.—No prosigas... Nos alimentó por interés.. No le debemos gratitud...

EL GALLO.—Pero ¿y el amor propio no te hizo morir al verte humillado entre tantas aves lucidas como fuiste puesto á la venta?...

EL CAPÓN.—Yo no tengo amor propio desde que gramaticalmente hablando caí en el género neutro... Desde entonces, como el amor no me distraía, discurrí una filosofía sabia, y de ella deduje lo siguiente: ¿Para qué me vendían? Para matarme... ¡Pues ha sido una suerte el que nadie quisiera comprarnos!

EL PAVO.—¡Qué vergüenza!

EL CAPÓN.—Para tí, que te pagas de honores crueles y ridículos... Por que tú considerarás un honor morir por el hombre...

EL GALLO.—Ya lo creo...

EL CAPÓN.—¡Si el hombre es un animal como nosotros... sólo que menos bueno!...

EL GALLO.—En eso, precisamente, está su grandeza: en que puede ser muy malo ó muy bueno.. El hombre es el animal perfecto...

EL CAPÓN.—Pero animal al fin...

EL GALLO.—Pero perfecto... Porque para serlo es necesario tener hasta imperfecciones...

EL CAPÓN.—Pues mira, á pesar de tus paradojas y tal vez por ellas no me convences... Además mi filosofía se ha robustecido con la observación en la vía pública... El Amor, digan lo que quieran los poetas, es la causa de que el mundo no progrese...

EL GALLO.—Calla, blasfemo...

EL CAPÓN.—¡Cuánto tiempo os roban éstas *(Por las gallinas y las pavas.)* que podríais dedicarlo al progreso y al mejoramiento del mundo!...

EL GALLO.—Verdaderamente, has vuelto muy filósofo... Ya sabes jugar con las ideas... Has vuelto hecho un metafísico...

EL CAPÓN. ¿Qué quieres? El trato con los hombres...

EL GALLO.—¿Qué dices? ¿Tan tontos son?

EL CAPÓN. Más, mucho más... En el puesto en que estaba á la venta, yo, como no me interesaban mis compañeras, miraba, oía y reflexionaba... Pasaban hombres y mujeres hablando mal de los políticos que les han gobernado durante muchos lustros... Y, al regresar aquí, vi el retrato de los pueblos en la persona de la vieja que nos crió. La vieja, cuando nos vió volver, le dijo á un hijo: «¿Qué hacemos con este saldo de plumas?» Y el mozo contestó, con toda la candidez é ilusión de la juventud: «Recriarlos mejor, engordarlos y ya los venderemos para Carnaval.» Y la vieja, contagiada, á pesar del desengaño y de su experiencia, dijo: «Es verdad, todo es cosa de esperar un par de meses.»

EL GALLO —¿Y qué?

EL CAPÓN.—Pues los pueblos son igual: se pasan la vida sacrificándose por engordar y encumbrar políticos... Y luego los políticos les dan el mismo resultado que nosotros á la vieja... Y ni se mueren de vergüenza, ni los matan; al revés, los pueblos los tienen una temporada en el corral de la oposición, con la esperanza de que sus inteligencias engorden, esperanza que nunca se logra... Ya ves. El animal perfecto no se mata nunca, y quieres que nosotras, las aves desechadas, nos matemos ó nos muramos.

EL PAVO (*con las ilusiones de la vanidad*).—¡Y te has olvidado de que algunos de nosotros, los animales fracasados, engordan luego y recompensan los gastos ocasionados!...

EL CAPÓN.—¡Ah! Es que tiene más cuenta recriar aves que políticos...

**El Bachiller CORCHUELO.**

---

## A LOS CORRESPONSALES

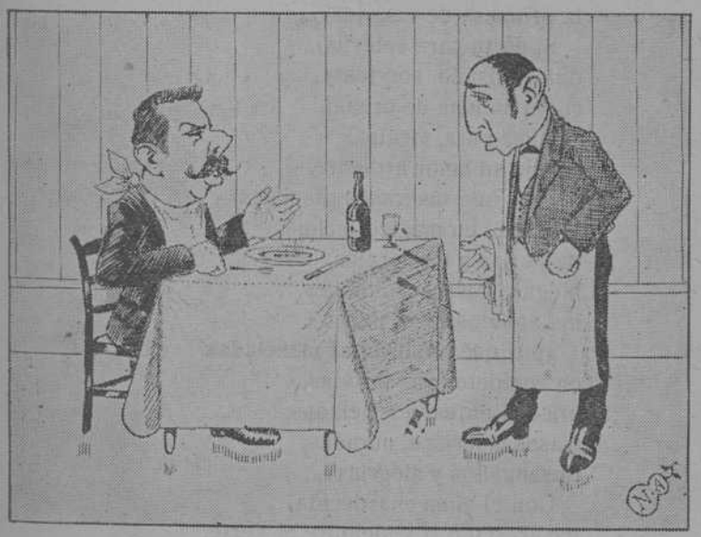
**Con el fin de cerrar las cuentas de fin de año, se ruega á los señores corresponsales liquiden á la mayor brevedad, remitiendo á la Administración los efectivos pendientes.**

# COMIQUERÍAS

## COSAS DE LA CALLE

*El municipal.*—¡Otra víctima! ¿Qué número llevaba el automóvil?
*El Trufas.*—¡Cá, no señor! Si es una botella de aguardiente.

## CAMARERO ASEADO



—¡Pero esto es insoportable, mozo! La tortilla llena de pelos.

—Perdone el señor: es que acabo de afeitarme para presentarme limpio.

## DIALOGO DE CAFETÍN

—Aquí no hay quien tosa más que yo.

—¡Pos hijo! Le traeremos á osté pastillas de harina de linaza... ¡Bacha!

# LOS INÉDITOS

**En esta plana insertaremos semanalmente los trabajos de los jovenes que empiezan á abrirse campo**

## LA CATÁSTROFE

Me chocaba aquel anciano
que hacia la tierra inclinaba
su venerable cabeza
cubierta de hebras de plata.
Mil veces le hallé sentado
al borde de la cascada
siempre vestido de negro,
¡del color de la desgracia!
En su faz descolorida
de hondas arrugas surcada
su huella había imprimido
del dolor la ruda garra.
Y en la tristeza infinita
que sus ojos reflejaban
claramente se leían
los caracteres del drama...
Ayer, que como otras veces
pasé por donde él estaba
sentado junto al remanso
que forma la catarata
mirando la azul corriente
con ojos llenos de lágrimas,
me decidí á preguntarle
de sus penas por la causa.
—¿Qué tiene usted, pobre viejo?
¿Qué motiva su desgracia?
¿Por qué con llanto en los ojos
contempla las turbias aguas?—
Me miró, y alzando al cielo
tristemente la mirada,
me respondió con voz grave
después de una breve pausa:
—¡Es una historia sombría;
historia sombría y trágica
que me hizo vestir de luto
y llevar luto en el alma!
Calló el anciano un instante
y viendo yo que la pausa
se iba haciendo por momentos
más enojosa y más larga,
y teniendo en alto grado
mi curiosidad picada,
le interrogué de este modo:
—¿Con que tal es su desgracia?
Sin duda ha perdido usted
á su esposa idolatrada,
ó murió algún hijo suyo
en los campos de batalla...
—Nada de eso, amigo mío:
es diferente la causa
por la cual ve usted en mis ojos
el llanto que los empaña.
Verá usted, hará dos años
—si no es mi memoria ingrata—
hallándome en este sitio
mirando correr el agua
que con estruendo bravío
caía de la cascada
deshaciéndose en espuma,
entre juncos y espadañas,
me ocurrió el rudo percance
que me hace la vida amarga,
y por el cual en mis ojos
el llanto nunca se acaba...
—Pero en suma—dije yo—,
¿qué es lo que su pena causa?
—Pues que al fondo del abismo...
¡se me cayeron las gafas!

**C. MONSALVE GABALDÓN**

---

## FLORES Y ESPINAS

Si tus ojazos ardientes
reflejando tu embeleso,
negros, rasgados, potentes
como soles refulgentes,
me están ofreciendo un beso,
¿por qué tus labios flamantes,
húmedos, cálidos, rojos,
pletóricos, incitantes,
no cumplen, tiernos, amantes,
la promesa de tus ojos?
Si en tu cara celestial,
dulce, rosada, sonriente,
como en luna de cristal
tu alma pura, virginal,
refleja su amor ardiente,
¿por qué tus frases glaciales,
vibrando en mágico lecho
de perlas y de corales,
niegan, falsas, criminales,
los anhelos de tu pecho?;
¿por qué me brindas mezcladas
en competencias bravías,
ora ardientes, ora heladas,
frases, sonrisas, miradas,
desengaños y alegrías?...
Con el alma enardecida
me acerco á tí y siempre al verte,
hallo en danza confundida,
ilusión, promesa, vida,
desengaño, hielo, muerte.

**Julio FERNANDEZ.**

# DIAS DE LUJO Y DE VICIO

**En el salón.**

Nuestra conversación, caudalosa en sus principios, había ido languideciendo casi sin darnos cuenta, hasta morir. Al propio tiempo iba cayendo el día: por Poniente se retiraba mansa la luz heliana, formando festones de un romántico violeta, zonas de imperial púrpura y franjas triunfales de viejos oros, de juveniles oros... En la lejanía del horizonte, el cielo semejaba un soberbio incendio, de una grandeza trágica y maldita, y al reflejarse en el mar, este también parecía arder.

El morir magnífico y augustal de la tarde fué adueñándose de nosotros. La calma sagrada, el silencio sublime de estas horas elegíacas del crespúsculo, durante las cuales la tierra descansa de su heroico ayuntamiento con el sol, nos ganaba, haciendo florecer en nuestras almas un santo é inefable misterio: había langor en los corazones y las livianas lenguas callaban no sabiendo qué decir...

Por el abierto balcón, cuyo herraje había festoneado la hiedra, se deslizó una ráfaga de aire que tenía la blandura y el mimo de una caricia. A las luminarias suntuosas y violentas de antes, había sucedido un suave, grato y desfallecido azul, que paulatinamente los crespones de la noche entenebrecían. Las tinieblas iban envolviéndonos, llenando la habitación; tan sólo en el lado de la chimenea el fuego de esta las espantaba. Su resplandor rojizo iluminaba extrañamente el rostro pálido de mi tía; sus manos acariciaban el lomo sedoso de *César*, un doguito *papillon*, de ojos redondos y verdes, que descansaba en su regazo; la mirada de ella estaba fija en el hogar, viendo reducirse á míseras cenizas los antes recios troncos.

Un deseo imperioso me hizo acercar hacia ella el taburete en que me hallaba sentado. Ella no lo notó.

—¿En qué piensas?—le dije todo trémulo, tuteándola por primera vez.

Clavó en mí su mirada, y aunque su boca no pronunció frase alguna, supe su pensamiento: lo ví retratado elocuentemente en sus divinas pupilas de azul. Yo entonces era primerizo en estos bellos tráfagos galantes, y sabido es de todos que la inexperiencia es madre de la osadía. Así es que, en una de esas posturas que ni son arrodillarse ni sentarse, que tienen tanto de adoración como de confianza, eché los brazos á su cuello, y, delirando de felicidad, besé sus ojos y su boca una y mil veces. Ella, por toda contestación, dejó caer su cabeza, suspirando, en mi hombro.

Aquello duró segundos. En el pasillo se oyó el rumor de unos pasos.

Cambiamos una mirada insensata, sin freno, que lo decía todo, y nos separamos. ¡Ya era tiempo¡ Cristina, su doncella, tras el portier, demandaba la venia para entrar.

—Adelante, —dijo mi tía, ya serena, como si nada hubiera ocurrido.

**Dorio de GÁDEX.**

—Dios mío, qué despilfarro de velas encendidas.

—No, señora, es una sola que la he partido en dos.

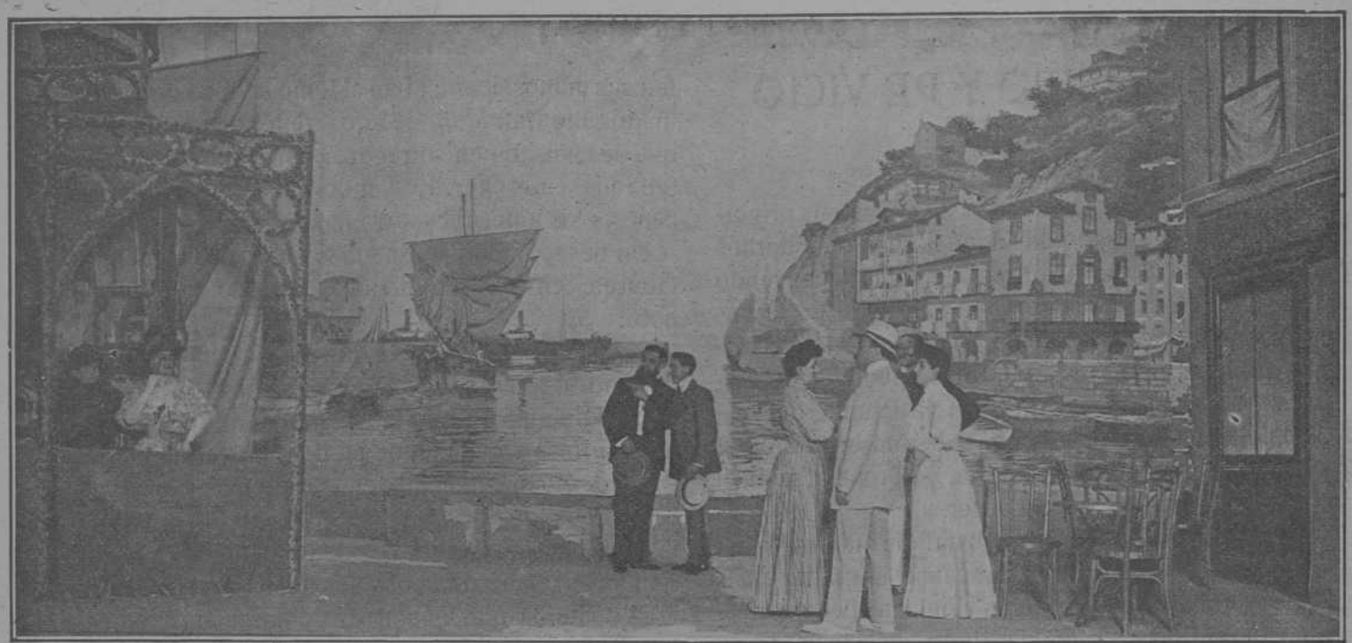
## EN VARIOS ALBUMS

Decirte que eres bonita
es una vulgaridad.
Tú ya lo sabes, Anita
tú lo sabes, y es verdad.
Lo mismo el joven que el viejo
te lo dicen, yo lo sé,
y te lo dice el espejo,
en cuanto tu rostro ve
retratado en su cristal
—al que envidio¡ francamente!
¡pues no lo pasará mal
en cuanto te tenga enfrente!

***

¿Para qué mi poesía
que es pobre, forzada y rara,
si tú llevas ya en la cara
más que en ella te diría?
Quemó el sol de Andalucía
tu rostro alegre y moreno
de gracias y encantos lleno.
Sí, niña, eres tan bonita;
¡á los quince Mariquita
será la flor de lo bueno!

**José DOZ DE LA ROSA**



Una de las escenas más culminantes del drama *Lorenza*, original de Dicenta, representado con éxito en el Teatro Español

# TRAMOYA TEATRAL

Fuera del *début* del tenor Anselmi con la ópera *Manon Lescaut*, de Massentt, y del barítono Titta Rufo, con *Rigoleto*, no hubo otras novedades teatrales la semana anterior.

No necesitamos descubrir á Anselmi, que viene con la revalidación de todos los públicos de Europa.

Respecto á Titta Rufo es un cantante colosal y un artistazo: original en su arte y notabilísimo en su voz, recuerda los mejores triunfos de nuestro gran escenario lírico, y hoy comparte con Anselmi los aplausos del público.

***

El género chico se prepara á tirar de la terrible cuesta de Enero.

Lara coronará la altura con *Los intereses creados* de Benavente. El Cómico subirá también ayudado de *Alma de Dios*.

La Zarzuela espera igualmente llegar á puerto con *Mignon*, y Eslava, trillando el repertorio, saldrá asimismo adelante.

La Princesa se prepara á defenderlo Federico Oliver, y Apolo y la Comedia tampoco piensan sucumbir.

Demos, pues, hoy paz á la pluma y esperemos que los acontecimientos la muevan.

**JUAN JOSÉ.**

# ¡Oh, el "humour„ yanqui!

Es curioso conocer el humorismo con que los extranjeros tratan ciertas cosas de España. Hablando de la escasa velocidad á que marchan nuestros ferrocarriles, Mr. Benjamin H. Ridgeley, uno de los cónsules que tienen en este país los Estados Unidos de Norte América, cuenta lo siguiente en una revista, en *C. B. Fry's Magazine:*

«Viajaba yo por una línea, en una distancia corta, de 180 ó 200 kilómetros, y de pronto, al caer la tarde, paró el tren instantáneamente en medio del campo. Nos asustamos los viajeros, y asomándome yo á una de las ventanillas del vagón que ocupaba pregunté á uno de los servidores del tren la causa de aquella detención.

—Se ha interpuesto una vaca en la línea, señor. Se halla echada en medio de la vía, y no es cosa de atropellar al animal.

Bien me pareció esta protección á los animales, aun en perjuicio de los viajeros; pero hay que tener en cuenta que estamos en el *País del Mañana*.

Continuó el convoy su marcha al cabo de un rato; y en las primeras horas de la madrugada otro alto, hecho también repentinamente, y en pleno campo abierto, volvió á sembrar la alarma entre los viajeros. Pregunté á qué obedecía esta nueva parada, y me contestó el dependiente del tren:

—Hay una vaca en la línea, señor.

—Entonces—dije—será esta región que atravesamos muy rica en ganado: debe haber aquí muchas vacas.

—No, señor—me replicó el ferroviario—. Es la misma vaca de anoche.»

¡¡¡.....!!!

# REGALOS A LOS SUSCRIPTORES

**Respondiendo á la ayuda que los lectores prestan á FLORES CORDIALES, desde el próximo Febrero concertaremos un plan por el cual regalamos CIENTO VEINTE RELOJES de los que anunciamos en cuarta plana y que adquiriremos de la casa constructora, á cuantos figuren suscriptos en 1.º de Febrero.**

**Los abonados desde esa fecha tendrán derecho á veinte ó treinta números, según resulte de la distribución que hagamos, los cuales les serán remitidos al extenderles el recibo, y los premios corresponderán á los mayores de la Lotería Nacional.**

**A todo el que pague adelantado cuatro semestres de suscripción sin descuento, es decir, DOCE PESETAS, regala FLORES CORDIALES un reloj de pared de los mencionados.**

# LLEGAR A TIEMPO...

El balcón del gabinete número 25 del *Hotel Hollenden*, de Nueva York, daba sobre una zanja coronada por una gran grúa de vapor. No cesó de llover aquel día, y en la calle todo brillaba con la humedad; y en unos hoyos donde se hallaban enclavados grandes montantes de acero, aparecían cubiertos de agua en la que se reflejaban las luces del alumbrado público, á cuyas claridades el fuerte viento que reinaba imprimía constante zig-zag.

La habitación número 25 era grande, y, por desamueblada triste. En el momento que hablamos estaba vacía. En la mesa central que había en ella veíase un pequeño saco de viaje, muy lujoso, nuevo, y que claramente denunciaba ser propiedad de un hombre. Sobre el *bureau*, abierto, había un *necessaire* con objetos propios de un tocador masculino: navajas de afeitar, brochas de barbero, peines, cepillos, agua de Colonia, tijeritas para las uñas. El gabinete se hallaba en el segundo piso del edificio, y un tubo de chimenea tenía salida por el balcón, en cuyo lugar parecía que se confundían el tubo y el montante de la grúa, como si ambos, mezclados, penetrasen en la habitación. Y con decir que el balcón estaba abierto, creemos que ya hemos dado todos los detalles del gabinete número 25 del *Hollenden Hotel*, de Nueva York.

Las cortinas de encaje que había al fondo de la habitación, húmedas por la humedad que entraba de la calle, se agitaron repentinamente por la corriente de aire que se produjo al abrirse la puerta de unpasillo. Un hombre, vistiendo sobretodo largo y ligero, entró vivamente en el gabinete, cerrando tras sí la puerta y llevándose la llave, que dejó sobre la mesa, al lado del saco de viaje. Era un tipo de buen aspecto, que contaría así como sus treinta y seis años de edad, completamente afeitado de bigote y barba y presentando algunas canas en las sienes. Cuando se despojó del gabán, que dejó caer sobre la cama, apareció su figura como la del atleta que comienza á decaer en su vigorosa y acentuada personalidad física. Llegóse hasta el balcón, y contemplando unos momentos la poco agradable vista que ofrecía la calle, fuese al *bureau*, dió luz eléctrica á la habitación, y miró en su rededor.

Repentinamente, el hombre se desabrochó el *chaquet* que vestía, y de uno de los bolsillos interiores sacó una grande y abultada cartera llena de arrugados billetes, que procedían del Banco de Inglaterra, algunas facturas que había pagado, cinco ó seis cartas y un billete de cámara de primera clase y camarote completo para marchar á Europa á bordo del gran transatlántico que debía zarpar del puerto á la mañana siguiente. Nuestro hombre depositó la cartera en el *bureau* y tocó el timbre del teléfono privado del hotel, que tenía al lado; aplicándose la bocina á la boca, dijo estas palabras:

—Envíen papel de escribir, tinta y sobres á Mr. Garland, en el cuarto número 25.

—Muy bien—, replicaron de abajo.

—Suban también una botella de *whisky;* otra de soda y un par de vasos.

—Será usted servido al momento—, volvieron á contestarle.

Colgó el aparato Mr. Garland (ya sabemos que así se llama nuestro hombre), y tomando el gabán sacó de uno de sus bolsillos un diario de aquella tarde. Sentóse á la mesa central y extendió el periódico ante él. Sin vacilar, y como quien está acostumbrado á leer determinadas secciones del periódico, fijó atentamente su vista en las noticias de operaciones de banca y bolsa, siguiendo con el dedo las distintas líneas, deteniéndose de vez en cuando para marcar el papel, por medio de una raya con la uña. Después, y como resultado de una reflexión, dejó caer con fuerza sobre la mesa el puño cerrado y murmuró una maldición; volviendo luego la vista al periódico, examinó su primera plana.

Algo que en ella aparecía debió llamar poderosamente su atención, porque estirando bien el papel lo acercó á sus ojos, como pudiera haberlo hecho un corto de vista. Y poco después, un tiempo que no era más que el preciso para devorar con la vista, más que leer, lo que le había excitado, Mr. Garland llevó las manos á sus rodillas y las oprimió fuertemente. Su cara, que aparecía terriblemente pálida, presentaba en sus facciones una extraña contracción.

Veamos qué es lo que abismó á Mr. Garland en profundas reflexiones. Decía así el suelto del periódico:

«UNA BANCARROTA.—SUSPENSIÓN DE PAGOS DEL BANCO DE BEMINGTON

*Esta importante institución financiera ha cerrado hoy sus puertas. Hace tiempo se venía anunciando que existían ciertas dificultades en su marcha económica; pero ayer se precipitaron los acontecimientos, por haber transcendido al público estos rumores. El presidente del Banco, Mr. William Harkness, ha desaparecido; sus amigos, sin embargo, afirman que se halla en una capital próxima, donde debe estar llevando á cabo algunas operaciones que le permitan contrarrestar las circunstancias; lo cierto es que en su desaparición ocurre algo extraño, pues ninguno de los directores del establecimiento conoce exactamente el punto donde aquél se encuentra. Si, por fin, resulta la bancarrota, serán muchas las personas conocidísimas que en ella se vean envueltas, y numerosas y muy importantes las pérdidas que han de sufrir miles de pequeños rentistas. Durante todo el día, una gran multitud de interesados y de curiosos rodea las puertas del Banco esperando conocer noticias del Consejo que los directores están celebrando, el cual se prolonga ya varias horas.*»

*(Continuará.)*

# VOLUMENEANDO

Hemos recibido la novela que, bajo el título *Por la senda triste*, acaba de publicar el joven abogado D. Manuel Valdemoro.

Dice Manuel Bueno en el prólogo dado á la obra que el autor es un temperamento primaveral y romántico, de estilo amplio, castizo y claro, que respeta lo que tiene de firme y de sano nuestra vena clásica.

Valdemoro es algo más: es artista que modela, es pintor que lleva en la paleta los colores del pedazo de tierra nativa donde la acción se desarrolla.

Los tipos, arrancados á la realidad, como que acaso forman el marco de una epopeya amorosa en la vida de los ensueños primerizos de Valdemoro, están trazados bajo el dominio de una inspiración que sale á borbotones del alma apasionada, y son magistrales.

Sobre todo, la intuición descriptiva, la fibra poderosa, al llevar á las páginas el cielo, las frondas, el paradisíaco ambiente de las cercanías de Ronda, los caminos, los collados, etc., constituyen el mayor relieve de la producción de Valdemoro.

¡Adelante!

Que las minutas del bufete no empañen la naciente gloria de las letras, haciendo que Valdemoro se contente con marchar *Por la senda triste.*

# NUESTROS CONCURSOS

Al entrar en el segundo año de su publicación, FLORES CORDIALES quiere demostrar que sabe corresponder al favor que la gran masa social le dispensa, y sin bombos ni reclamos introducirá las mejoras propias de su desarrollo progresivo, con arreglo á las exigencias de la moderna estructura editorial.

Entre las modificaciones propuestas, comenzamos por estimular más positivamente que hasta hoy las inteligencias, abriendo tres concursos al mismo tiempo, bajo las siguientes condiciones:

1.ª Se abre un concurso de trabajos literarios de género festivo, galante, cómico ó de pura fantasía, siempre dentro del círculo de la decencia. Los artículos no deberán exceder de ocho cuartillas.

2.ª Se abre otro concurso de dibujos del mismo corte á que anteriormente nos referimos para plana completa, pudiendo ser estos de mancha ó de línea, historietas ó asuntos aislados.

3.ª Se abre un tercer concurso de epigramas, anécdotas, chascarrillos, sucedidos y composiciones libres, que no habrán de pasar de sesenta palabras.

4.ª Durante doce números consecutivos iremos insertando, en seccion aparte, aquellos envíos que consideremos aceptables.

5.ª No constituímos jurado especial que califique las producciones, ya que no siempre las personas, por respetabilidad que tengan, pueden sustraerse á la recomendación. El juez será la opinión, y á su fallo nos atendremos para otorgar los premios. De suerte que, al cerrarse el concurso, esperaremos durante dos semanas el juicio de los lectores respecto á los trabajos publicados que merezcan la retribución que establecemos.

6.ª Pagaremos:

Por el trabajo literario de la condición 1.ª que resulte elegido por sufragio popular, CIENTO CINCUENTA PESETAS.

Por el de la condición 2.ª, que también merezca mayoría de pareceres, igual cantidad.

Por la mejor composición poética ajustada á los cánones del periódico, y á que se refiere la condición 3.ª, CINCUENTA PESETAS.

Por cada anécdota, epigrama, etc., de tres que deberán votarse, VEINTICINCO PESETAS.

*Advertencias.*

No contestaremos ninguna petición ó consulta sobre los trabajos que recibamos.

Los originales que no vean la luz estarán en esta Redacción á disposición de sus autores hasta quince días después de cerrado el concurso.

Los de provincias acompañarán al pedido el franqueo correspondiente.

Cúidense de consignar á la cabeza de cada trabajo: «Para el concurso».

# BUZÓN

*M. G.—Artesa de Segre.—Cordiales* no sirve. ¿Por qué?... Pues por eso... Mande otra cosa.

*E. C —Pueblo Nuevo del Terrible.*—En ese lugar temeroso ha visto usted á un galán mancebo pulsar lalira á la argentada claridad de la pálida luna... ¡Ca, hombre, usted ha visto visiones! ¡Si lo que tañía era la zambomba!

*F. L. y A.* No carece usted de intención, pero tiene que estudiar mucho y trabajar con sumo cuidado si quiere hacer algo publicable. Calma, pues, simpático joven, y no trate de emular al Tostado

*M. C.— Santoña.*—Sí, señor; bien á mi pesar tengo que vapulearle á usted. Procuraré hacerlo con cariño. El *Cuento viejo* resulta larguísimo en su desarrollo y pierde, por lo tanto, todo interés; sea más parco en lo sucesivo y tenga en cuenta, que es muy feo que asonanten los versos libres en el romance; y á otra.

*Manolín.—Túy.*—Esos sueños son delirios infantiles; sueñe usted como los hombres, *meu rapaz*, y no se duerma en las pajas. *Los apellidos* solamente se los publicaría con el *visto bueno* del rector del Seminario. *¡E-che boa..!*

*F. A.* Ni *A una catalana*, ni á una manchega permitimos á nadie echar piropos interesados desde nuestro semanario. Hago esta salvedad, para no herir suspicacias solidarias.

*S. S. S.—Granada.*—No recuerdo el artículo á que se refiere; pero si no he contestado, es indudable que no lo he recibido.

*S. G. de C.*—¡Ay, amor!... no sirve: no se digiere ni con *vicarbonato* (!) ¿Es que ha perdido usted los papeles?

*E. y I. Ch. R.*—Me ametrallan ustedes con seguidillas. Bien se echa de ver que pertenecen á la división reforzada. ¡Ya se les quitarán las ganas de escribir el mes que viene!

*M. de C.—Zaragoza.*—Se le ha ido á usted la mano y me ha mandado un manojo de guindillas Por esta vez, pase; mas si reincide, le llamaré algo feo.

*Helios.*—Se publicará, pero tenga paciencia.

*E. M.—Madrid.*—Es usted excesivamente amable, extraordinariamente modesto y discretamente ripioso. Dice usted, metiendo una sílaba: «ó yo de tu amistad *desito* (*desisto* quiso decir para rimar con pisto) y «¿quién no te dice á ti?» dejando cojo el verso, cosas ambas á cuál más *detestables* y que se repiten, ¡ay! con aterradora frecuencia. Afine el oído y veremos.

*Ranito* —Se le contestó á usted en el número anterior, así como á otros señores que han mostrado las mismas impaciencias. ¡Por Dios, amigos míos! ¡¡Que ya no puedo darle más golpes á la cabeza!!...

*A. T. del A.*—Esas *Chirigotas* sirven solamente para demostrar, que usted debe enviarnos mejores versos.

*A. P.—Oporto* —La única indicación que puedo hacerle es ésta: procure reducir las dimensiones de sus artículos y elija mejores asuntos, ya que domina la forma y escribe con soltura.

Haga algo para el concurso.

*M. C.—Cáceres.*—No me molesté por el sentido del latinajo, sino por el atropello á Justiniano. El *Nido* no me resulta, es de un erotismo ñoño. A otra cosa y al concurso también, señor erudito.

*E. L. C.—Las Palmas.*—Fuertecito, largo y descuidado el artículo que me envía. Hay que comprimirse y cuidar la forma. Apuesto á que es usted andaluz y no canario...

*E. Soldevilla.—Pamplona.*—Me he reunido con una porcion de composiciones suyas. En ellas hay indudables aciertos y buen gusto, pero son todas excesivamente largas y serias. De este estilo sólo publicaremos cosas realmente superiores. Corrija sus «Invernales» y veremos. Si trabajase con más sosiego y no se repitiese tanto, plagiándose á sí mismo, haría algo de provecho, pues tiene usted atisbos de verdadero poeta.

*G. G.*—No sé si es del anterior—que gusta de firmar con distintos nombres—, la paráfrasis de una popular quintilla, erróneamente atribuída á Espronceda, que no me gusta nada—la paráfrasis, ¿eh?

*B. L.—Jaca.*—Pasó la lotería sin dejar rastro en mis bolsillos, y la *actualidad* de su composición *candorosa*.

*Nivraut* - Bien escrito—es decir, porque tiene usted una letra infernal—; pero triste, crudo é inverosímil. Otra cosa.

*Hiscul.—Vejer.* - Nada entre dos platos es su «Odisea». Hay que poner sal en esos guisos, si no resultan ñoños. Haga otra cosa, que ya ve que no le trato sin compasión.

*Alata.—Alcalá.* Mande la firma y publicaré su artículo cuando le llegue el turno; pero tenga paciencia, ¿eh?

*Siomene.—Jaca.*—¿Un cuento de Reyes infantil y candoroso? Mándelo á *Gente Menuda*, querido niño, y Dios le conserve muchos años lozana la flor de la inocencia.

*M. I.*—En un periódico festivo no encaja el sentido y fúnebre recuerdo dedicado á la memoria de su hija malograda. A poco que usted reflexione, comprenderá que sería una verdadera profanación el publicarlo aquí.

*C. B.—Madrid* - No sirven sus composiciones; pero no se desaliente, que con el tiempo y una caña todo se alcanza.

*M. R. A.—Sevilla.*—Los cantares han de tener mucha miga para ser buenos, que rimar un pensamiento vulgarote en cuatro versitos, es empresa asaz liviana. ¡Así recibo yo tan gran número de ellos!

*M. M. P.*—El soneto acaba sin interés alguno. A otra cosa, que usted sabe dónde tiene la mano derecha.

*Joselito.—Antequera.*—Y usted á... otra cosa también, pero muy distinta. ¡Mal ángel!

*A. B.—Madrid.* Ni en los «Inéditos» daría ese romance anodino. Conque lo demás, ¡usted calcule!

*E. C.—Algeciras.*—Tiene poca intención su fábula y al final estropean la rima unas desastrosas asonancias. No desmaye.

*J. M. P.—Barcelona*—En el núm. 11 se le contestó. ¿Es que no lee usted el periódico? Mande, si quiere, cosas alegres.

**ROLANDO**


**MINGOTE**
**MAYOR, 88, ENTRESUELO**

Sastrería militar y de paisano.—Trajes de etiqueta.—Confección esmerada y gran economía.
ENVIOS Á PROVINCIAS

**MUNILLA, dentista.**

Operaciones absolutamente *indoloras* con la administración del *Somnoformo*. Consulta, de 9 mañana á 6 tarde.
DESENGAÑO, 10 TRIPLICADO

# Anuncios económicos por palabras.

**Cada quince palabras una peseta; cada palabra más, diez céntimos.**

**Cirujano callista.** E. León, Carretas, 7. Consultas de 2 á 6.

**Preservativos** de seda pura, garantizados, contra el contagio venéreo, únicamente en LA MASCOTA, Gato, 4.

**Recomendamos** por sus precios y novedades, la joyería de M. González. Montera, 22.

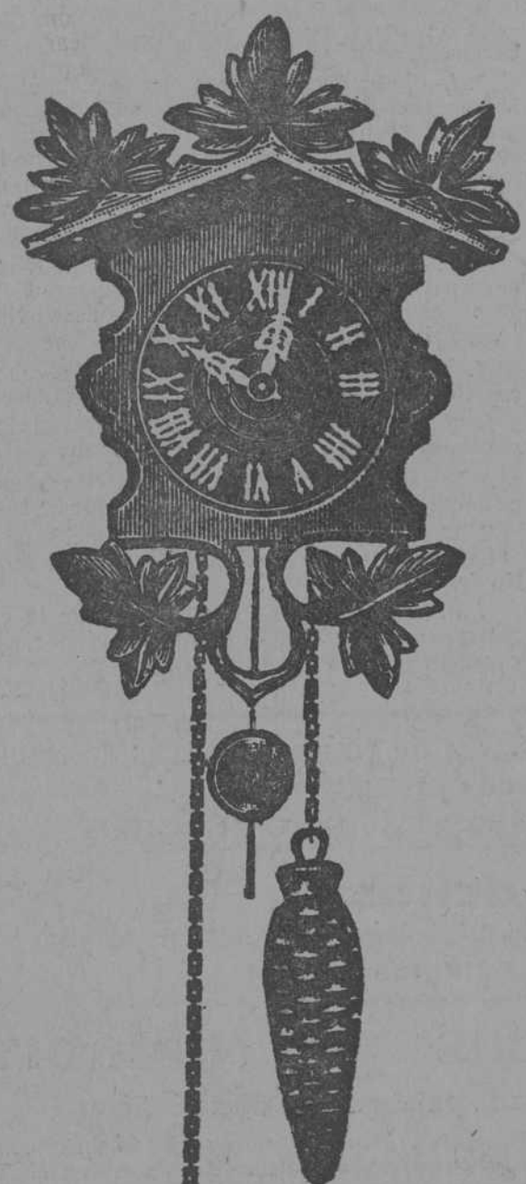
**Dinero** todo su valor por alhajas, encajes, abanicos antiguos, muebles y papeletas del Monte de Piedad. Es la casa que más paga, San Bernardo, 52, pral. (esquina á la calle del Pez).

**Postales.** El más extenso y variado surtido, lo encontrarán siempre en esta casa, habiéndose recibido nuevos modelos en artistas, coupletistas, niños, parejas amorosas, etc. En fantasías, esta casa es la primera de España. *José Campos, Silva, 35, Madrid.* Ventas sólo por mayor. Catálogo gratis.

**¡Siempre!** No desmayes. También mi pasión grande. Carta, hízome llorar. Fecha indicada, envía otra vez mensajera.—*Lía.*

**Tronco** de yeguas normandas se vende. Noticias en la Administración de este periódico.

# ¡¡LEED¡¡



Relojes de pared, procedentes de liquidación de una gran fábrica que se retira del negocio.

## CUATRO PESETAS

CINCUENTA CENTIMOS

á nuestros suscriptores. Envío á provincias, una peseta más.

Marcha perfecta.

## Ganga por poco tiempo.

Imprenta de A. Marzo. San Hermenegildo, 332 dupdo.